

SPIRIT ANIMAS

LIBRO 4

FUEGO Y HIELO



SHANNON HALE

Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Traducción y coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

La publicación de este libro se ha negociado a través
de la agencia literaria Ute Körner, S.L.U., Barcelona.
www.uklitag.com

Todos los derechos reservados.
Publicado por acuerdo con Scholastic Inc.,
557 Broadway, Nueva York, NY 10012, EEUU.
SCHOLASTIC, SPIRIT ANIMALS y los logos asociados
son marcas y/o marcas registradas propiedad de Scholastic Inc.

© Scholastic Inc., 2014
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mi hermano Jeff,
quien me dijo una vez
que su espíritu animal
era un hipopótamo.*

S.H.



Ártica

EURA

Trunswick

Castillo
de Puertoverde

Okaihee

Concorba

AMAYA



ERDAS





GERATHON

Gerathon se agitó. Sus escamas negras, gruesas como planchas de metal, tintinearón contra la piedra arenisca. Su boca abierta saboreó el aire y su cola onduló alegremente. ¡Vida! Gerathon disfrutaba de la vida, de la forma en que su cuerpo se deslizaba sobre la tierra y la tierra se deslizaba bajo su cuerpo. La vida era un latido, una sacudida, un estremecimiento, una inhalación. La vida era movimiento.

Su lengua bífida osciló, saboreando el olor de los humanos en la brisa. ¡Más vida! Gerathon aún no tenía hambre. Detrás de ella se escabullían, trotaban o se arrastraban manadas de animales, tan aterrados como incapaces de sacudirse el hechizo que los encadenaba. Cuando Gerathon quería comer algo, solo tenía que mirar hacia atrás y atrapar un canguro o un dingo. Desde su huida, no había sentido hambre ni por un momento. Y sin embargo, no podía evitar el empuje de la vida, el ansia de aferrar seres vivos y estrujarlos.

Detectó un humano que caminaba solitario y desvió su trayectoria hacia él, girando con una actitud casi juguetona. Aunque era capaz de moverse con un sigilo casi total, no tenía

por qué hacerlo. ¿Qué criatura podría escapar de una cobra de dos mil kilos?

Y sin embargo, la criatura humana lo intentó: era un muchacho joven, con facciones casi infantiles en su rostro desencajado por el terror. Gerathon siseó –lo más parecido a una risita alegre que podía emitir–, y los músculos de su largo cuerpo vibraron de energía contenida. Extendió su elegante capucha, se enroscó en posición de ataque y saltó.

¡Vida! Gerathon notó que la vida que ahora aprisionaba en sus mandíbulas se debatía y pataleaba; sintió en la lengua los latidos del corazón desbocado. El humano gritó cuando los colmillos de la serpiente se hincaron en su espalda y su veneno, negro y espeso, fluyó por sus venas. El corazón de la criatura, amablemente, se encargó de repartir el veneno por todo el cuerpo. El humano aún se convulsionó unas cuantas veces antes de quedarse inmóvil. Su corazón, sin embargo, seguía latiendo con lentitud y firmeza mientras Gerathon tragaba viva a su presa, empujándola palmo a palmo por su rosada garganta hasta llevarla a la letal oscuridad de su vientre.

Acurrucada en la cálida arena, Gerathon disfrutó de aquellos latidos que se sumaban a los de su propio corazón, de aquella vida que se iba apagando poco a poco dentro de ella. De improviso, soltó una carcajada al recordar la ira y el resentimiento que la habían embargado durante tantos años, en su prisión de roca y tierra, bajo aquella mole que pretendía aplastar su vida, tragar sus movimientos, acabar con ella. La libertad renovada de la que gozaba ahora resultaba doblemente deliciosa. Saciada de calor y de comida, Gerathon se sentía casi embriagada y un poco traviesa. Aunque no le quedaba sitio para engullir ni una presa más, su hambre de vida distaba mucho de haberse saciado.

Sus ojos amarillos se volvieron opacos mientras lanzaba su mente al exterior. En su cerebro vibraron incontables pun-

titos blancos; cada uno representaba una persona, y Gerathon conocía a todos tan bien como un pastor conoce a sus ovejas.

Eligió un puntito que dormía, porque de ese modo le resultaba más fácil abordarlo. Era una mujer entrada en años, para ser una humana, que vivía en Nilo, muy lejos de allí. La consciencia de Gerathon se derramó en su mente como arena que colmara un vaso. Cuando el vaso estuvo colmado, Gerathon hizo que la mujer se levantara, saliera de su casa y mirara alrededor. Las noches de Nilo eran luminosas, cálidas y olorosas a jazmín. La serpiente casi podía sentir el crujido de la hierba seca bajo los pies descalzos de la mujer, la calidez de la tierra aún templada por el sol de la tarde. Los ojos de la mujer divisaron un precipicio. Aceleró el paso para acercarse a él, más y más rápido, hasta avanzar a la carrera. En ese momento, la mujer se estremeció como si estuviera tratando de despertarse.

Gerathon siseó, complacida. La vida era movimiento. Hizo que la mujer se moviera hasta rebasar el borde del precipicio y cayó con ella, abandonando su consciencia un instante antes de que golpeará el fondo del abismo.

¿Un desperdicio? Tal vez, considerando los ambiciosos planes que había trazado Gerathon para el futuro. Pero, en cualquier caso, aún tenía que reunir todos los talismanes; y mientras tanto, era su derecho de Gran Bestia disfrutar un poco de la vida, ¿no?

Su lengua bífida saboreó una vez más el aire antes de ocultarse en su boca escamosa, perpetuamente curvada en una sonrisa.



2

ROBO

El viento del sur empujaba a Meilin por la espalda como si quisiera apurarla. Pero Meilin no necesitaba que nadie le metiera prisa; durante los últimos días había sentido en su interior un fuego que vibraba y crepitaba, espoleándola para que siguiera adelante. Sus compañeros se quejaban a veces de aquellos viajes interminables y del ritmo endiablado con el que habían atravesado Zhong y, ahora, el norte de Eura; pero, en opinión de Meilin, aún podrían ir más rápido.

La luz del sol resplandeció en la superficie del río junto al que cabalgaban, y Meilin, deslumbrada, cerró los ojos. Como siempre que lo hacía, una escena apareció en su mente.

Las mandíbulas abiertas del cocodrilo monstruoso, sus ojos negros.

El padre de Meilin, inmóvil. Yerto.

La chica abrió los párpados rápidamente y espoleó a su caballo para que trotara más deprisa.

El viento cambió de dirección y la brisa del noroeste le acarició las mejillas. Meilin se frotó la carne de gallina que se le había puesto en los brazos.

–Dentro de nada hará bastante más frío –comentó Rollan, adelantándose hasta cabalgar junto a Meilin–. Un frío terrible. Un frío de los que te congelan la nariz y hacen que se te caigan los dedos de los pies.

–Sí.

–Una vez, un chico de la calle al que conocía desafió a un niño rico a lamer un poste de hierro en mitad del invierno. El niño rico lo hizo y la lengua se le quedó pegada. Se quedó atrapado ahí, mientras el otro, que era un gamberro desharrapado, le quitaba el abrigo y los zapatos.

–No me digas.

–¡Pues claro que lo digo, mi señora panda!

–¿Por casualidad no tendría el chico de la calle un nombre que empezara por R y acabara por N?

–¡En modo alguno, señora mía! Yo jamás he sido un gamberro desharrapado. Y si te cuento la historia es solo para advertirte del peligro, en vista de tu costumbre de andar chupando postes de metal.

Meilin estuvo a punto de esbozar una sonrisa. Desde la batalla en el templo de Dinesh, Rollan había pasado mucho tiempo junto a ella, casi siempre diciendo tonterías. Meilin suponía que su amigo trataba de hacerle olvidar la pena. Para ella, el talismán del Gran Elefante había tenido un coste muy elevado. Al inicio de la misión, había partido sola en busca de su padre, al que había encontrado plantando cara a sus enemigos en el Gran Laberinto de Bambú que protegía la frontera de Zhong. Luego, poco después, el padre de Meilin había muerto en combate ante los ojos de su hija. Al principio, Meilin se había sentido... calmada, entumecida. La invadía una terrible sensación de vacío, como si no le quedara nada que ofrecer a los demás. Luego, lentamente, en su interior habían empezado a avivarse las ascuas. Ahora Meilin notaba una hoguera en su interior, un fuego que le recordaba sin